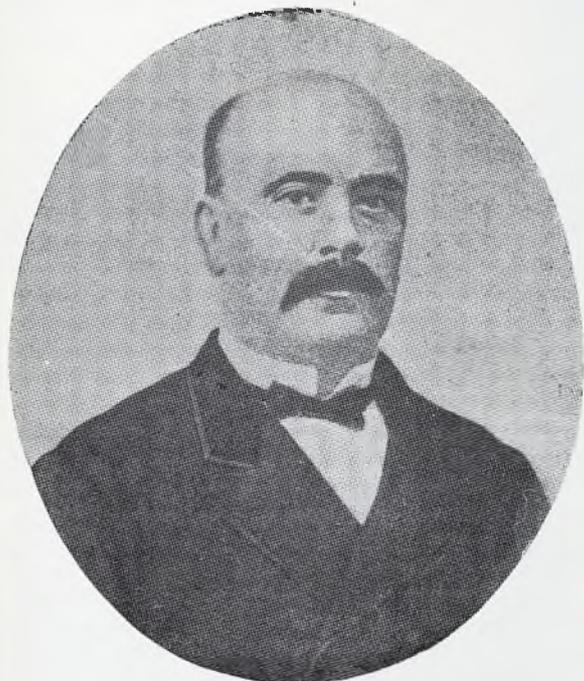


zos progresistas —Prim, Sagasta, Ruiz Zorrilla— le profesaban gran afecto por la corrección, sabiduría y valer que demostró en cuantas ocasiones fue requerido por su partido.

Desempeñó algún tiempo la Secretaría de la Diputación Provincial de Ciudad Real, cargo que por entonces debía ser más político que administrativo. Ejerció la abogacía con tal severidad, moralidad y rectitud, que sus actua-



ciones, al servicio de todos, incluso de los rivales en política, constituyeron una serie de inigualados éxitos. Y por dos veces fue Gobernador civil de nuestra provincia, cargo siempre lleno de complicaciones y dificultades, pero aumentadas aquí por que en ella y en la capital tenía D. Joaquín Ibarrola lazos familiares, vínculos de amistad y compromisos con los correligionarios.

La culminación de su carrera política fue la presidencia de la Junta de Ciudad Real, cuando la revolución de septiembre del 68, que costó el trono a Isabel II, y un acta de Diputado por el distrito de Daimiel, que llevó a Ibarrola a las Cortes de 1870, famosas porque trajeron —por 191 votos, de los 311 sufragios emitidos— al buen Amadeo de Saboya, de efímero reinado.

Consejero prudente, amigo leal, idolatrado por su familia, político ecuánime, fiel, austero, honrado y justo, D. Joaquín Ibarrola, que murió el 10 de julio del 87, fué un ciuda-

rraleño ilustre, quizás demasiado olvidado ahora, pero que muy bien puede servir de ejemplo a las generaciones presentes y venideras.

D. DAMASO DE BARRENENGOA: EL HOMBRE DE EMPRESA

Tenía que ser vasco: como que nació en Orduña, en 1828.

Los hombres, claro está, son de donde nacen. Y si el nacer en determinado lugar puede ser mero accidente, no lo es tanto el de vivir la infancia, la adolescencia y parte de la madurez en un ambiente de industrialización y progreso como era Vizcaya. Pero en 1856, cuando casi rondaba la treintena, Dámaso de Barrenengoa, de progenie tan modesta como llena de inquietudes y afanes, llegó a esta tierra manchega y a Ciudad Real concretamente. Aquí se hizo, aquí prosperó, aquí triunfó, aquí se casó y en nuestro pueblo se gastó durante una vida plena de actividades, iniciativas, trabajo constante, honradez inmaculada, generoso siempre, consecuente en sus ideales y luchador incansable, para morir el 13 de noviembre de 1896, dejando a sus sucesores una historia limpia y a su patria de adopción un recuerdo perenne.

Barrenengoa es el prototipo ideal del moderno hombre de empresa: nacido en humilde cuna, su perseverante amor al trabajo le llevó a la opulencia; sin proceder de noble estirpe, su conducta le hizo merecer los más hermosos blasones que la sociedad otorga; sus modestos principios fueron en el comercio éxitos crecientes; y más tarde, en 1865—ya se ha cumplido el siglo—D. Dámaso de Barrenengoa arriesgó todo el fruto de sus ahorros en la edificación e instalación de una industria que habría de proporcionarle su fortuna.

Hombre superior a su tiempo, ya conoció el valor de la publicidad —anticuado adagio lo de «el buen paño en el arca se vende»—, arma poderosa para la propaganda de un producto, siempre que a éste acompañe la garantía de su calidad. Y en la gran prensa nacional y extranjera se anunciaba la fábrica de Barrenengoa, que daba categoría de industrial a una Ciudad Real agraria, ganadera, rural y campesina.

Con pericia y valor para el riesgo, Barrenengoa quiso alcanzar en Exposiciones indus-